

CAPÍTULO IX

Marcelino Champagnat pide a Dios vocaciones. De cómo escuchó Dios su oración

Las fundaciones de Saint-Sauveur y Bourg-Argental habían dejado vacío el noviciado. No quedaban postulantes ni novicios, y los Hermanos que seguían en la casa madre estaban ocupados en las escuelas de la parroquia o en labores domésticas¹. El señor Champagnat, aunque veía muy complacido el éxito que por doquier lograban sus hijos y la porfía de los Ayuntamientos en solicitar sus servicios, estaba, sin embargo, afligido al ver que las vocaciones escaseaban tanto.

Durante tres años no había recibido más que tres o cuatro aspirantes², y no había indicios de que se presentaran más, al menos en cantidad suficiente para poder atender a las solicitudes recibidas. Tal penuria, que comprometía hasta la existencia misma de la pequeña congregación, constituyó una auténtica prueba para su Fundador. Pero, lejos de desalentarlo, le sirvió de acicate para espolear su entusiasmo y aumentar su confianza en Dios.

Al verse desprovisto de todo recurso humano para acabar con esta situación, y convencido, además, de que la vocación es don de Dios, que sólo él la concede, que él orienta a quienes llama a la vida religiosa hacia las comunidades que quiere bendecir, puso toda su confianza en la divina bondad y le dirigió fervientes oraciones para pedirle que le enviara nuevos hijos.

No dejó tampoco de acudir a María³, en cuya protección tenía ilimitada confianza. Celebró la santa misa e hizo numerosas novenas en su honor, exponiéndole con la sencillez de un niño que, siendo ella la madre, superiora y protectora de la casa, debía ocuparse de evitar su desaparición. “Es tu obra, le decía; tú nos has reunido, a pesar de la oposición del mundo, para procurar la gloria de tu divino Hijo. Si no nos socorres pereceremos; nos extinguiremos como lámpara sin aceite. Pero si perece, no es nuestra obra la que perece, es la tuya, pues tú lo has hecho todo entre nosotros. Contamos, pues, contigo, con tu ayuda poderosa; en ella confiaremos siempre.”

La Madre de misericordia, conmovida por la confianza que tenía su siervo, escuchó sus súplicas, atendió sus peticiones y le demostró que no en vano había acudido a ella.

En efecto, nos encontramos en la época en que la congregación, que parecía herida de muerte, alcanza un desarrollo casi milagroso. Pero lo más sorprendente es el medio del que Dios se valió para darla a conocer y traerle los jóvenes que había formado y destinado para ella. En las manos de Dios todo instrumento se vuelve apto para realizar los planes divinos. Lo prueba el hecho siguiente en que se valió de un mal sujeto, de un religioso apóstata, para realizar los planes de misericordia que tenía sobre la incipiente congregación y proporcionarle nuevas vocaciones.

* * *

Hacia mediados de la cuaresma de 1822, al volver de la iglesia, donde había dirigido la oración y exhortación vespertina, Marcelino Champagnat halló en casa a un joven⁴ que le pidió el favor de ser admitido en la comunidad. Como no le agradaron su aspecto y sus ademanes y los motivos que aducía para entrar le hicieron sospechar algo, le preguntó secamente de dónde venía y a qué se había dedicado hasta entonces. Al saber que venía de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, donde había permanecido seis años, le dijo: “Si no sirve para hermano del señor de La Salle, o si su forma de vida no le interesa, tampoco servirá para nosotros, así que no puedo recibirlo.” Sin embargo, como era noche cerrada, no creyó conveniente negarse a darle hospitalidad, y añadió: “Duerma aquí esta noche y mañana se va.”

El joven, que tenía muchas ganas de quedarse, probablemente porque no tenía adónde ir, lo intentó todo para conseguir interesar al señor Champagnat y ganar su confianza. Después de la cena, le habló largo y tendido acerca de su pueblo y de las numerosas vocaciones que en él conseguían los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Viendo que el tema interesaba al señor Champagnat, añadió: “Si me recibe, le prometo traerle varios postulantes que conozco.”

Tanto insistió al día siguiente para que le permitiera hacer una prueba que consistió en que pasara dos o tres días en la casa. La prueba no satisfizo totalmente al señor Champagnat. La conducta del joven le parecía ambigua; por lo que lo mandó llamar y le dijo que se retirase. Después de nuevos e inútiles intentos para ser admitido, y viendo que nada conseguía, dijo el joven:

- ¿Me recibiría si le traigo media docena de buenos chicos?
- Sí, cuando los encuentre, le respondió el señor Champagnat.
- En ese caso, déme una carta de presentación⁵ para regular mi situación.

Para deshacerse de él, el señor Champagnat le dio una carta que a nada comprometía⁶, y le dijo al entregársela:

- Vaya y quédese con sus padres o, mejor para usted, regrese a la comunidad de donde ha salido, pues ni nuestra casa, ni nuestro género de vida le convienen.

Provisto de la carta, el joven salió para su pueblo, que se hallaba a unas quince leguas⁷ de Lavalla. Al llegar a su casa, no perdió el tiempo. Y apenas habían transcurrido ocho días ya había convencido a ocho⁸ jóvenes a seguirlo a Lavalla o, más bien, a Lyon, pues se cuidó mucho de decir que los llevaba a Lavalla. En su pueblo todos lo seguían considerando miembro de la congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, y él ni siquiera mencionó a los Hermanitos de María. Ni a los jóvenes ni a sus padres les pasó por la cabeza que podría tratarse de este Instituto, para ellos totalmente desconocido. Hasta en el pliego de condiciones en que se determinaba la cuota y fecha de los pagos, se decía que los postulantes iban al noviciado de los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Lyon, y no figuraban para nada los nombres de M. Champagnat y de los Hermanitos de María.

No debe extrañar la facilidad de este joven para conseguir que lo siguieran tantos muchachos; pues, además de que el dedo de Dios está patente en esta historia, se desconocía la situación irregular del desdichado, y su familia era una de las más distinguidas del contorno tanto por su fortuna como por su piedad. Por eso le fue fácil convencer a esos postulantes, algunos de los cuales ya habían decidido entrar en religión e, incluso, habían solicitado plaza en el noviciado de Lyon. Pocos días bastaron para confeccionar el ajuar y hacer los preparativos para la marcha.

A finales de marzo⁹ de 1822, los piadosos jóvenes con su guía al frente, se pusieron en camino con la convicción¹⁰ de ir al noviciado de los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Lyon¹¹. Al cabo de dos días¹² llegaron a la cumbre del monte que está frente a Lavalla.

- Mirad -les dijo el ex-Hermano señalando el campanario de la parroquia-, ahí termina nuestro viaje.

- Pero, ¡bueno! ¿Ahí es adonde vamos? Eso no es Lyon.

- No, claro que no es Lyon. Pero aquí tenemos un noviciado. Pasaréis en él unos días y luego iréis a Lyon.

La llegada del ex-Hermano con su cuadrilla dejó sorprendido al señor Champagnat. Estaba cavando el huerto. Dejó el trabajo para ir a su encuentro. “Me parece estar viéndolo aún, dice uno de los muchachos¹³ que formaba parte del grupo, contemplándonos de pies a cabeza con expresión de extrañeza que revelaba bien a las claras que

no nos esperaba. Después de hacernos varias preguntas para sondear nuestras actitudes y los motivos que nos traían, terminó por decirnos que no podía recibirnos. Esto nos sorprendió tanto y nos causó tal pena que el señor Champagnat, al darse cuenta, añadió para consolarnos: *Voy a orar a Dios para examinar el asunto. Podéis quedaros hasta mañana.*”

- La mayoría de estos postulantes agradaron mucho al señor Champagnat. Si puso dificultad en recibirlos, fue porque no los conocía y temía que su vocación no estuviera bastante probada, no respondiera a motivos elevados y fuera sólo consecuencia de las presiones de quien los traía por interés personal para ser admitido él mismo. Además, un número así le inquietaba por varios motivos. “Es posible que estos muchachos - decía- se hayan decidido arrastrándose unos a otros. Como a uno se le ocurra retirarse, me temo que los demás empiecen a hastiarse y se vuelvan como han venido, uno detrás de otro.”

Además, el número era excesivo para la capacidad de la casa. No había habitaciones, ni camas suficientes, por lo que tuvieron que pasar la noche en el granero¹⁴ sobre la paja. Faltaban también recursos, pues la mayoría de los jóvenes sólo traía una cantidad exigua para pensión; y la casa, que apenas podía abastecerse, no estaba en condiciones de hacer nuevos sacrificios. Por estas razones, el señor Champagnat consideró oportuno no imponer esta carga a la comunidad sin recabar el parecer de los principales Hermanos.

Al día siguiente llamó a los postulantes y les dijo: “No puedo aseguraros todavía que pueda recibirlos. He de consultar a los Hermanos antes de comunicaros lo que debo hacer. Mientras, podéis quedaros unos días con nosotros. Pero como resulta problemático que podamos admitiros, los que quieran retirarse pueden hacerlo.”

Y al mismo tiempo escribió a los Hermanos de Bourg-Argental y Saint-Sauveur y los invitó a que vinieran a reunirse con él por las fiestas de Pascua, de allí a diez días¹⁵. Cuando llegaron los Hermanos, los reunió varias veces en su cuarto, les hizo ver los diseños de Dios sobre la nascente congregación que en este caso parecían evidentes. Les dijo que era partidario de recibir a aquellos jóvenes, que parecían visiblemente enviados por la Providencia. Como todos los Hermanos compartían su parecer, decidieron admitir a los ocho postulantes y al que los había traído. Pero que había que someterlos a pruebas especiales para comprobar la solidez de su vocación.

Los amigos del señor Champagnat, sin embargo, no pensaban así y reprobaron abiertamente su decisión. Hicieron cuanto pudieron para convencerlo de que debía despedir a los recién llegados. “No puede quedarse con ese grupo de muchachos. ¿Cómo los va a mantener? La casa¹⁶ es demasiado pequeña para alojarlos. Además, ¿sabe qué va a suceder si se quedan? Que se retirarán después de haber ocasionado grandes gastos. Alimentar y mantener a todos esos chicos es algo que desborda sus posibilidades. La prudencia aconseja que vaya poco a poco y que no imponga alegremente a la comunidad una carga tan pesada. Así que, al menos, decídase a despedir a los más jóvenes, tanto más cuanto que son demasiados niños¹⁷ para saber si tienen vocación.” El señor Champagnat estaba decidido, y nada pudo hacerle revocar su determinación. Pero como hombre prudente, empleó todos los medios que le inspiró el espíritu de Dios para probar a esos postulantes y asegurarse de que convenían a su congregación. En lugar de ponerlos a estudiar, los ocupó en trabajar la tierra de la mañana a la noche, los obligó a guardar riguroso silencio y a estar siempre ocupados. El capítulo de culpas, las reprensiones y penitencias públicas por las menores faltas; no escatimó nada. Pero nada pudo doblegar la firmeza de aquellos aspirantes.

El señor Champagnat, encantado y admirado de tanta constancia, quiso someter a los más jóvenes a una prueba definitiva. Los reunió en presencia de los Hermanos de la casa y les dijo: “Amigos míos, ya que queréis a todo trance quedaros con nosotros y llegar a ser hijos de María, estoy decidido a admitiros a todos. Pero, como algunos de

vosotros sois todavía demasiado jóvenes para conocer la vocación, he pensado ponerlos en casa de unos campesinos para cuidar los animales. Si os portáis bien, si vuestros amos quedan satisfechos y seguís con la idea de abrazar la vida religiosa, os admitiré definitivamente al noviciado en la próxima fiesta de Todos los Santos. Luego, dirigiéndose al más joven, añadió:

- Vamos a ver, ¿estás de acuerdo?

- Acepto, ya que así lo quiere usted, respondió el simpático muchacho, pero a condición de que me reciba con seguridad en la fecha que ha fijado."

Ante esta respuesta, el señor Champagnat se quedó estupefacto; bajó la mirada un momento y les dijo:

- Está bien, os admito a todos desde ahora mismo.

Pero, ¿de dónde procedía la tenacidad de estos muchachos y cuál era el motivo de su apego a un Instituto que les ponía tantas trabas para aceptarlos? Nos lo va a explicar uno¹⁸ de ellos con su ingenuo lenguaje:

"Se equivocaban al desconfiar tanto de nosotros y sospechar de los motivos que nos habían traído. Si hubieran sido consideraciones humanas, no habiéramos permanecido ni un solo día. En efecto, ¿quién hubiera podido retenernos en una casa donde sólo había pobreza, en la que teníamos por dormitorio un granero y un poco de paja como lecho y por todo alimento pan de centeno -que de mal cocido se deshacía- y legumbres, y por bebida, agua clara? ¿En una casa donde de la mañana a la noche nos sometían a duros trabajos y nos daban por todo salario reprensiones o castigos que teníamos que recibir con profundo respeto? Si ahora me preguntan qué podía atraernos en unas circunstancias tan contrarias a la naturaleza, por qué nos cautivaba tanto una Sociedad que no nos aceptaba, responderé que fue la devoción que en ella se profesaba a María. Al día siguiente de nuestra llegada, el señor Champagnat nos entregó un rosario a cada uno; nos habló varias veces de la Santísima Virgen con aquel tono tan persuasivo que le era habitual y nos contó varios casos en que resplandecía la protección de la divina Madre. Todos los que nos encontrábamos allí quedamos tan impresionados de las cosas tan bellas que nuestro buen Padre nos contó de la Santísima Virgen que nada en el mundo hubiera sido capaz de desviarnos de nuestra vocación."

Añadamos, para concluir esta historia, que el infeliz que había traído aquellos postulantes fue despedido quince días después, por la misma falta que había motivado su expulsión de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, es decir, por atentar contra las buenas costumbres.

* * *

Aquí cabe una reflexión que puede ser provechosa a quienes dudan de su vocación porque en sus comienzos pudo haber sido motivada por consideraciones humanas o porque el hombre haya sido su promotor. "La vocación a la vida religiosa, aunque procediera del demonio, dice santo Tomás, debería abrazarse como un excelente consejo, aunque venga de un enemigo. Y, además, añade el santo doctor, aunque el atractivo por la vocación procediera del demonio¹⁹ no por eso habría que concluir que no venga al mismo tiempo de Dios, ya que a menudo vuelve la malicia del enemigo del género humano en contra suya y en provecho nuestro, es decir, que nos permite cortar la cabeza de este Goliat con su propia espada²⁰. ¿No se valió acaso de la malicia de los hermanos de José para encumbrarlo al gobierno de Egipto? ¿No sacó los medios de nuestra Redención de la traición de Judas y de la perfidia de los judíos? Del mismo modo, el amor a la vida religiosa, sea cual fuere su origen o su promotor, sólo puede proceder de Dios."

Los ocho postulantes, aunque traídos al Instituto por un religioso que había profanado la santidad de su estado y perdido su vocación, no por eso dejaron de ser llamados. Entre ellos hubo buenos religiosos; uno llegó a ser Asistente general²¹, y estaba también el que durante más de quince años organizó los documentos que sirvieron para escribir la vida del piadoso Fundador.

Como dejamos dicho más arriba, de esta época data el progreso del Instituto. Hasta entonces apenas era conocido, los miembros que lo integraban eran casi todos de Lavalla o vivían en su término parroquial. El acontecimiento que acabamos de narrar lo dio a conocer y le atrajo vocaciones. En cuanto se aprobó la admisión de los postulantes, el señor Champagnat envió a uno de los principales Hermanos para recabar de sus padres algunos datos sobre su situación y cobrar la pensión²² del noviciado. El Hermano se entrevistó con los señores curas del distrito²³, y así dio a conocer la congregación. Por su parte, los postulantes escribieron a sus padres diciendo que se hallaban contentos y felices en su vocación, lo que determinó a otros cuatro²⁴ jóvenes a abrazar el mismo género de vida. Dos meses más tarde, otros tres siguieron sus pasos. En fin, no habían transcurrido seis meses y el noviciado tenía más de veinte novicios de aquella región. Es cierto que no todos perseveraron, pero eso no frenó el rápido desarrollo del Instituto. Los Hermanos de María eran conocidos y otros postulantes vinieron a ocupar el puesto de los que lo abandonaron.

Pero, ¿de dónde procedían estos nuevos hijos? ¿Cuál era su origen? Venían del Alto Loira, de los montes del Velay; los había preparado y nos los enviaba Nuestra Señora del Puy.

¹ La expresión “escuelas de la parroquia” nos aclara que en Lavalla los Hermanos no sólo regentaban la escuela del núcleo principal, sino que daban también clase y catequesis en varias aldeas. Según los registros y una estadística de 1º de enero en 1825 (AFM, 143.01), el Instituto tiene ocho Hermanos. Un documento de los Archivos Departamentales de Loira (ADL, t. 10) señala: “25 de septiembre de 1822, Granjon y Couturier son autorizados en Borg-Argental; Roumezy y Badard en Saint-Sauveur.” Podemos pensar que se encontraban allí desde el comienzo del año escolar. A primeros de 1822, el Hermano Lorenzo ya no se encuentra en Marlhès, sino en Tarentaise y al mismo tiempo sigue catequizando Bessat, una de “las escuelas de la parroquia” de Lavalla. Falta averiguar quién se ocupaba de la escuela del pueblo de Lavalla y de enseñar también en varios caseríos: sin duda, los Hermanos Luis, Juan Pedro y Francisco. Es probable que el Hermano Luis no dedicara todo su tiempo a Claudio Fayol y Antonio Gratalon, los únicos candidatos a la vida marista antes de la llegada de los ocho postulantes del Alto Loira, en marzo de 1822.

² Durante los tres años (1819-1821), en el Registro de entradas figuran los nombres de: Esteban Roumesy (1819), Juan Pedro Martinol (1820), Antonio Gratalon (1821) y Juan Bautista Tardy (1821). Este último se retira poco después para entrar de nuevo en 1827. Con ello se confirma el número citado de “tres o cuatro”.

³ “Esta escasez preocupó al piadoso Fundador. Dirigióse a Dios y a Nuestra Señora de la Piedad, con fervientes súplicas, e hizo muchas novenas” (AA, página 46).

⁴ Lo único que sabemos de este joven es que “pertenecía a una distinguida familia de la región”, como lo afirma el autor un poco después.

⁵ Para hacerse acreditar ante padres y sacerdotes.

⁶ “Insignificante”, es decir, no comprometedor. El Padre Champagnat es superior de una comunidad que aún no ha sido autorizada para la enseñanza (LPC 1, pág 21, art. 36).

⁷ Sesenta kilómetros, distancia que separa Lavalla de Saint-Pal-en-Chalençon, pueblo del Hermano Juan Bautista.

⁸ El pasaje de los ocho postulantes (Cfr. Gabriel Michel, BI XXVIII, págs. 270-280).

⁹ El 25 de marzo, fiesta de la Anunciación (SMC, vol. 2, pág. 101).

¹⁰ Como el Hermano Juan Bautista era uno de los interesados, puede hablar de “profunda convicción”.

¹¹ El noviciado se hallaba junto a la catedral.

¹² El Hermano Silvestre dice: “Después de dos puestas de sol” (MEM, página 25).

¹³ Podemos deducir que el Hermano Juan Bautista habla de sí mismo en tercera persona

¹⁴ El Hermano Avit escribe: “Él (el Padre Champagnat) los sometió a duras pruebas y finalmente los admitió. Los hizo dormir en el granero” (AA, pág. 46).

¹⁵ El 7 de abril (cfr. BI XXVIII, pág. 279).

¹⁶ La visita del inspector Guillard, un mes más tarde, indica que la casa se halla en obras (cfr. OME, doc. 19, pág. 76).

¹⁷ Sus edades oscilan entre 15 y 25 años (BI XXVIII, págs. 275 278).

¹⁸ Varios de estos jóvenes continuaron algunos años; pero sólo dos perseveraron hasta el fin. Son los Hermanos Hilarión y Juan Bautista, autor de este libro (cfr. BI XXVIII, pág. 273).

¹⁹ “Dios en su sabiduría estima conveniente utilizar para sus fines hasta a los ángeles caídos” (*Suma*, I.^a qu. 64, art. 4).

²⁰ 1S 17, 51.

²¹ El Asistente general y el que ha trabajado más de quince años son la misma persona: el Hermano Juan Bautista.

²² Francisco Civier pagó 400 francos. Los demás pagaron pensiones que oscilan entre 50 y 240 francos (AFM, Registro de entradas, pág. 1). La cuota de 400 francos era el máximo exigido según el prospecto de 1824 (dos años después de la llegada del grupo). “Pagarán 400 francos por los dos años. Quienes dispongan de “legítima” (herencia) la traerán consigo, y la casa se compromete a ofrecer garantías de devolución en caso de que el novicio se retire del Instituto, una vez deducidos los gastos de noviciado” (AA, pág. 58).

²³ El cantón de Bas-en-Basset.

²⁴ Según el Registro de entradas, se trata de Miguel Marconnet, de Boisset; Antonio Monnier, de Boisset; Juan Aubert, de Saint-Pal- en-Chalençon; y Pedro Vertore, de Tirange (AFM, 137.13).

CAPÍTULO X

El señor Champagnat amplía el noviciado.
Esmero por formar a los novicios en la piedad y las virtudes de su estado.
Fervor admirable que reinaba en la casa de noviciado y en las escuelas

Los postulantes seguían durmiendo en el granero¹. Para sacarlos de allí, el señor Champagnat trabajó más de ocho días en adecentar el desván² de la casa para convertirlo en dormitorio. Con unos cuantos tablones hizo él mismo las camas. Pero como no había sitio, tuvieron que acostarse dos en cada cama. El desván era tan bajo que había que agacharse para andar por él y sólo recibía iluminación por un tragaluz. La casa³, a todas luces, no era suficiente para albergar a tanta gente y urgía levantar una nueva construcción.

El señor Champagnat no dudó en acometerla. Sin embargo, como carecía de recursos, tuvo que construir el edificio ayudado de los Hermanos; no intervino ningún otro obrero. La comunidad se levantaba a las cuatro. Hermano y novicios hacían juntos media hora de meditación, asistían a misa e inmediatamente se ponían al trabajo hasta las siete de la tarde.

El señor Champagnat era el arquitecto⁴ de la nueva obra; él lo organizaba y dirigía todo. Los Hermanos y los postulantes más robustos y hábiles hacían de peones y transportaban los materiales más pesados. Los demás acercaban las piedras preparaban la argamasa, que no consistía en cal y arena, sino en simple tierra arcillosa.

En fin, todos se afanaban y trabajaban contentos, según sus fuerzas, para construir una casa que consideraban como la cuna del Instituto. El señor Champagnat llegaba siempre el primero, trabajaba sin descanso y terminaba siempre el último. Para tener más tiempo, rezaba de noche el oficio divino, de modo que estaba todo el día con los Hermanos, menos cuando su ministerio lo reclamaba en la iglesia o junto a un enfermo.

Sus amigos sacerdotes, cuando venían a verlo, así como las personas que tenían que hablar con él, lo hallaban siempre subido a los andamios, con la paleta en la mano, entre piedras. “Aún me parece verlo, dice uno de los Hermanos que trabajaba con él, con la sotana sucia, llena de polvo, con las manos manchadas de argamasa y la cabeza descubierta, presentarse ante los que venían a visitarlo o preguntaban por él; recibirlos y hablarles sonriente, alegre y contento, aunque casi siempre agotado de cansancio.”

En cierta ocasión, un sacerdote amigo suyo que lo halló así, le dijo:

- Está hecho todo un albañil, señor Champagnat.
- Más aún: albañil y arquitecto.
- ¿Sabe que los del gremio andan murmurando y quieren conspirar contra usted porque les hace la competencia, les quita trabajo y está creando un gremio de albañiles?
- Que digan lo que quieran. No me preocupa su disgusto. Y hasta estoy dispuesto a aceptarlo a usted de aprendiz si siente ganas de ser mi discípulo.

Ya en tono más serio, añadió el sacerdote:

- Amigo mío, creo que está exagerando. Pues aparte de que esta ocupación no es adecuada para un sacerdote, se entrega a ella con tal ardor que puede comprometer su salud.

- Este trabajo nada tiene de indecoroso para un sacerdote, y muchos se ocupan en cosas menos provechosas. Tampoco veo que perjudique demasiado a mi salud; por lo demás, no lo hago por gusto, sino por necesidad. Vivimos amontonados en esa casucha; no tenemos dinero para pagar obreros: ¿a quién le puede parecer mal que nos construyamos una casa para alojarnos?

Durante el trabajo se guardaba silencio riguroso y, si necesitaban hablar, lo hacían por señas. En determinadas horas del día, uno de los más fatigados o de los más jóvenes, que no podía seguir trabajando, leía en voz alta y los demás, sin dejar de trabajar, escuchaban con atención su lectura. Los libros que leían eran: *Guía de pecadores*⁵, *Vida de san Francisco Regis*, *de san Vicente de Paúl*, *de san Francisco Javier* y otras parecidas. El silencio o la lectura sólo eran interrumpidos por unas breves palabras de edificación o aliento que nos dirigía nuestro buen Padre. Sus palabras y, sobre todo su ejemplo, estimulaban a los más indolentes y enardecían a todos.

Nunca oyó nadie una queja de sus labios, nunca lo vimos impacientarse o reñirnos, aunque por nuestra torpeza u otros defectos le dábamos sobrados motivos para ello. Si no hacíamos debidamente lo que nos mandaba, nos indicaba con bondad cómo teníamos que hacer; y si, a pesar de sus lecciones, no lo conseguíamos, lo hacía él mismo, mostrándose siempre contento y satisfecho de nuestra buena voluntad.

En pocos meses se concluyó la construcción. El señor Champagnat, con la ayuda de algunos Hermanos y postulantes, se encargó de la obra de carpintería: puertas, ventanas y entarimado.

* * *

Pero esta preocupación por los trabajos manuales no era tan absorbente como para hacerle descuidar la formación de los novicios. Aprovechaba los recreos y los domingos para formarlos en la piedad y en los conocimientos que necesitaban. Les daba lecciones de canto, les enseñaba a ayudar a misa y a seguir las ceremonias de la iglesia; los formaba en la oración y catequesis. Sus instrucciones eran breves, pero entusiastas y fervorosas. Giraban casi siempre en torno a la piedad, la obediencia, la mortificación, el amor a Jesús y la devoción a la Santísima Virgen y el celo por la salvación de las almas. Nos alargaríamos demasiado si pretendiéramos hacer un análisis detallado; pero no podemos por menos de consignar aquí algunas máximas que le eran más familiares:

“Un hermano que no sabe orar, tampoco puede practicar la virtud ni hacer el bien a los niños; pues ambas cosas se aprenden en la oración.”

“La vida religiosa es esencialmente vida de oración; pues además de habernos hecho religiosos para orar más que los simples fieles y hablar con Dios más a menudo, resulta imposible cumplir los deberes de la vida religiosa sin auténtica y sólida piedad.”

“Un religioso que no es piadoso no puede estimar ni amar nunca su vocación, porque no encontrará en ella ningún consuelo.”

“¡Qué fácil resulta la virtud y qué llevaderos los sacrificios que exige cuando se ama a Jesús! El amor a Jesús es para el religioso que emprende el camino de la virtud lo que las velas para el barco que surca el océano. Ese amor lo lleva insensiblemente a la virtud más sublime.”

“El amor al dinero lleva a los seglares a entregarse sin dificultad a los más duros trabajos y las más rigurosas privaciones. Sería bochornoso que el amor a Jesús tuviera menos eficacia en un religioso”.

“Quien tenga gran devoción a María, tendrá también gran amor a Jesús. Así comprobamos que los santos que han profesado una especial devoción a la Santísima Virgen, como san Bernardo, san Buenaventura, san Francisco de Asís, san Alfonso María de Ligorio, santa Teresa, se han distinguido por un gran amor a Jesús.”

“María no se reserva nada para sí. Cuando la servimos, cuando nos consagramos a ella, nos recibe sólo para entregarnos a Jesús, para llenarnos de Jesús.”

“Sólo al discípulo amado confió Jesús a su Madre para que comprendamos que sólo a las almas privilegiadas, sobre las que tienen especiales designios de misericordia, concede una devoción especial a la Santísima Virgen.”

“La pobreza, la mortificación, la humildad, todas las virtudes, en una palabra, son como rosas entre espinas. Las personas mundanas sólo ven sienten las espinas; por eso temen la virtud. El religioso siente y gusta el encanto, las delicias y los consuelos de la virtud; por eso no advierte las espinas, es decir, las dificultades que la acompañan.”

“Un buen religioso experimenta más consuelos y mayor dicha en un solo ejercicio de piedad, como la meditación, la asistencia a la santa misa, una visita de un cuarto de hora al Santísimo Sacramento del altar, que las personas más afortunadas del mundo en todos los placeres que una larga vida pueda proporcionarles.”

“¿Por qué la gente del mundo es tan bulliciosa en sus placeres y diversiones profanas? Porque no puede acallar los remordimientos que la obsesionan; porque su felicidad es sólo aparente, su corazón es desdichado y sólo halla amargura en las satisfacciones sensuales.”

“Por vocación, todos los Hermanos son apóstoles, es decir, enviados para hacer conocer a los niños los misterios de la religión y anunciarles la buena nueva de la salvación que Jesucristo nos ha merecido.”

“Nada debe desear tanto un Hermano como ser un buen catequista, pues ésa es su misión principal y el fin de su vocación.”

“Hay muchas maneras de dar el catecismo, es decir, de enseñar las verdades de la salvación y llevar a los niños y demás personas al bien. Orar mucho por los niños que nos han sido encomendados y por la conversión de los infieles y pecadores es hacer una buena catequesis. Dar siempre buen ejemplo y mostrarse siempre como modelo de piedad, regularidad, modestia y caridad es hacer una buena catequesis. Ambas cosas, además de estar al alcance de todos los Hermanos, sea cual fuere su empleo, sus talentos y su capacidad, son más eficaces y fáciles que explicar la doctrina cristiana a los niños. Son más eficaces, porque la gracia, que es lo único absolutamente necesario para alcanzar la salvación del hombre, se obtiene con mayor seguridad con la oración y la santidad de vida que con cualquier otro medio. Son más fáciles, porque en cualquier tiempo y lugar se puede orar y practicar la virtud.”

* * *

El señor Champagnat seguía enviando Hermanos de dos en dos –un Hermano experimentado con un novicio – a dar la catequesis a las aldeas de la parroquia los domingos por la tarde. Él iba también a comprobar cómo desempeñaban este ministerio.

Un día se presentó cuando un Hermanito de trece o catorce años enseñaba con la mayor seriedad la catequesis a unos cuantos niños y algunas personas mayores. El auditorio no le pareció bastante numeroso, por lo que se quejó y amenazó con no volver a mandar Hermanos si no ponían más diligencia en acudir. Una buena mujer, poniéndose de pie, le dijo: “Señor cura, no nos regañe, por favor. Si hubiera llegado hace un rato, habría encontrado mucha más gente; pero la catequesis es larga, y algunos se han tenido que marchar.”

El trabajo manual y todas las molestias que suponía la construcción de la casa no debilitaron el amor de los novicios a su vocación, ni ocasionaron mengua en el buen espíritu y piedad que reinaban en la comunidad. Al contrario, nunca se vio en el noviciado tanto fervor, ni tanto celo en la práctica de las virtudes religiosas y en la asimilación del espíritu del Instituto como entonces. Tanto los Hermanos como el mismo señor Champagnat se encontraban gratamente sorprendidos. Para darnos una idea, vamos a transcribir el relato que dejó uno⁶ de esos buenos novicios.

“La comunidad, aunque constituida por gente sencilla e ignorante, reprodujo muy pronto las virtudes de su jefe. Eran admirables el amor por la oración, el recogimiento y el fervor. Les parecía demasiado corto el tiempo dedicado a los ejercicios de piedad, pedían prolongar la oración y consideraban un privilegio el permiso de prolongarla,

hacer una visita al Santísimo Sacramento, rezar un rosario u otro ejercicio similar durante los recreos, o por la noche después de haber leído el tema de meditación. Durante el tiempo que tuve la dicha de vivir en el noviciado, no recuerdo que ningún novicio dejara de levantarse puntualmente y hacer la meditación en comunidad. Si alguno cometía una falta o quebrantaba algún punto de la Regla⁷, no esperaba a que le llamaran la atención; él mismo, de rodillas ante la comunidad, pedía una penitencia.

La caridad, unión y paz eran admirables. Nunca hubo altercados, nunca se oyeron palabras que pudieran ofender o molestar a los demás. Nos queríamos como hermanos: ni amistades particulares, ni antipatías o rarezas; todos teníamos un mismo corazón y un mismo espíritu⁸.

¿Que alguien se hallaba necesitado? Todos porfiaban en celo y abnegación para auxiliarlo y aliviarlo.

Pasábamos el recreo cantando o en conversaciones ejemplares. No conocíamos quejas ni aburrimiento ni desánimo. Una alegría serena, un santo gozo y una gran modestia eran las disposiciones normales de cada uno de nosotros, y se traslucía en los rostros. El amor más tierno y el respeto más profundo hacia nuestro buen Padre y a los Hermanos que nos dirigían y educaban, la obediencia y sumisión más absolutas a sus deseos, la sencillez y humildad: tales eran las virtudes que brillaban en la vida de todos los novicios. ¿Oh tiempos felices? ¿Dónde habéis ido a parar? No puedo evocar su recuerdo sin que los ojos se me nublen de lágrimas.”

* * *

No era menor el fervor que reinaba entre los Hermanos en las escuelas. Como aún no disponían de una Regla que señalara los detalles de su conducta y les indicase lo que decían hacer en cada momento, se entregaban con todo entusiasmo a su propia perfección y a la santificación del prójimo. La comida⁹ era sencilla, vivían con una frugalidad a menudo rayana en la exageración. No eran suficientes la clase, la instrucción y el cuidado de los niños para satisfacer su celo, por lo que añadieron muchas otras obras.

En Saint-Sauveur hacían la colecta o, mejor, varias colectas durante todo el año: la de trigo y patatas, la de mantequilla y queso, la de prendas de vestir y ropa de cama, la colecta de dinero. Lo que recogían lo empleaban en sostener a los niños pobres de la parroquia, que vivían con los Hermanos hasta que hacían la primera comunión. El número de esos niños ascendía a veces a más de veinte. Esas colectas servían también para atender a los indigentes. Semanalmente, los Hermanos encargaban muchos panes que distribuían a los pobres más necesitados. Visitar a los enfermos, velarlos por la noche, hacerles la cama, procurarles cuanto necesitaban, eran las obras predilectas de los Hermanos. Un día, el Hermano Director se entera de que hay un enfermo abandonado al que nadie se atreve a acercarse por estar cubierto de llagas y piojos. Acude presuroso y encuentra al pobrecito medio desnudo echado sobre paja y cubierto con una manta hecha jirones. Le busca una cama, le lleva los alimentos que necesita, lo cuida, le cura sus heridas, lo peina y lo visita varias veces al día, durante todo un año. Naturalmente, a los cuidados corporales añadió los espirituales; enseñó al enfermo las verdades de la religión, hizo que se confesara, le enseñó cómo santificar sus sufrimientos, le dirigió diariamente palabras de consuelo; le sugirió actos adecuados a su situación y lo preparó a bien morir. No le cupo el consuelo de asistir a su último suspiro y de cerrarle los ojos, porque las vacaciones lo obligaron a separarse de él; pero qué contento y consolado debió de sentirse su corazón cuando le comunicaron que en el momento de la muerte, su querido enfermo había pronunciado por dos veces su nombre y que expiró con estas palabras en sus labios: “¡Dios mío, Dios mío, te amo y te encomiendo a ese buen Hermano que tanto bien me ha hecho. Bendícelo y devuélvele centuplicado todo lo que ha hecho por mí!”

Durante el invierno, los Hermanos daban, al atardecer, la catequesis a los jóvenes y a los chicos del pueblo.

La reunión era muy concurrida y duraba hora y media. De esta forma, los Hermanos daban catequesis tres veces al día: en la clase de la mañana, en la de la tarde y al anochecer.

Otro de los actos de celo que Dios bendijo de modo especial, consistía en ir a visitar a los hombres alejados de los sacramentos y animarlos a cumplir con este importante deber. Muchos de ellos volvieron al buen camino por las instrucciones, oraciones y piadosas estratagemas de los Hermanos. Su habilidad para insinuarse en los corazones, su talento para atraérselos e inclinarlos a reanudar la práctica de los deberes religiosos eran tan conocidos que corría la voz de que el único medio de no dejarse conquistar era huir o esconderse.

Los señores curas y otras personas, testigos del excelente comportamiento de los Hermanos y del bien que realizaban, escribieron al señor Champagnat cartas muy elogiosas, felicitándolo por haber conseguido en tan poco tiempo formar hombres tan abnegados en el servicio de la religión.

Por este tiempo hubo también numerosas solicitudes de fundación de nuevas escuelas¹⁰; y en el transcurso de 1822 y 23 se fundaron las de Saint-Symphorien-le-Chateau, Boulieu y Vanosc¹¹. En esta última, el edificio estaba en tan lamentable estado y carecía hasta tal punto de lo indispensable que hubo que abandonarlo cuatro años más tarde. Dos Hermanos contrajeron allí afecciones oculares y otras enfermedades que los llevaron a la tumba.

La escuela de Boulieu tenía tantos alumnos que el Hermano Juan Pedro¹², que era el director, murió víctima de su celo y abnegación. En el último retiro que hizo, en 1824, tuvo presentimiento de su próxima muerte, y al salir para su destino, dijo al señor Champagnat, al abrazarlo y pedirle su bendición: “Padre, perdone que llore, pero una voz interior me dice en el fondo del corazón que ya no volveré a verlo en este mundo.” Los niños lo querían tanto que los padres de uno de ellos, que murió el mismo día que el Hermano, pidieron insistentemente que fuera enterrado en la misma tumba que su maestro.

Por estas fechas, los Hermanos pidieron al señor Champagnat que les permitiera darle el nombre de Padre. Se lo concedió gustoso.



¹ Cfr. AA, pág. 46.

² El desván era el segundo piso de la casa (cfr. BI III, pág. 31).

³ Comprendía un refectorio en el bajo (en la actualidad el semisótano), las clases en el primer piso, un dormitorio en el segundo y un desván en el tercero, convertido en dormitorio durante las vacaciones (AA, pág. 47 y también BI III, pág. 31).

⁴ El Hermano Lorenzo dice: “Fue él exclusivamente (el Padre Champagnat) quien construyó nuestra casa de Lavalla. Es cierto que nosotros hacíamos algo, pero como no teníamos idea de construcción, continuamente tenía que indicarnos cómo hacer y a menudo se veía obligado a rehacer nuestro trabajo. Cuando había que transportar grandes piedras, las llevaba siempre él mismo” (OME, documento 167 (4), pág. 454).

⁵ Obra de fray Luis de Granada, publicada en Lisboa en 1555 y muy divulgada en Francia en los siglos XVII y XVIII (OM 2, doc. 561, pág. 353).

⁶ Probablemente el mismo Hermano Juan Bautista.

⁷ La primera Regla se imprime en 1837. Al principio, la comunidad tenía un Reglamento (cfr. AA, pág. 41).

⁸ Hch 4, 32.

⁹ El Hermano Lorenzo escribe: “Al principio éramos muy pobres. El pan era de color terroso, pero nunca carecimos de lo necesario” (OME, doc. 167 (8), página 455). El Hermano Silvestre anota: “... pan en abundancia hecho de harina gorda, sopa, legumbres y agua clara por bebida” (MEM, pág. 19). El Hermano Avit escribe: “El Padre Champagnat compartía el alimento de los Hermanos, que consistía en caldo claro con aceite, pan de centeno, queso, leche, legumbres, a veces algo de tocino y agua” (AA, pág. 47)

¹⁰ Al número de esos dos establecimientos:

en 1822, Bourg-Argental (2 Hermanos)

en 1823, Vanosc (2 Hermanos), Saint-Symphorien-le Chateau (3 Hermanos), Boulieu (3 Hermanos)

en 1824, Chavanay (2 Hermanos), Charlieu (3 Hermanos)

¹¹ LPC 2, índice de nombres de lugares.

¹² Hermano Juan Pedro (cfr. CM II, pág. 54).

CAPÍTULO XI

Contrariedades y persecuciones que supuso para el Fundador la obra de los Hermanos.
Monseñor de Pins, administrador de la diócesis de Lyon, patrocina al Instituto

Parecería que la fundación de los Hermanos sólo atraería elogios y aprobaciones al Padre Champagnat. Pero, si Dios quiso salvar al mundo por medio de la cruz, quiere así mismo que sus obras queden marcadas con este sagrado sello. El Instituto de los Hermanos nació en la pobreza se crió en la humildad y, hasta la muerte de su piadoso Fundador, permaneció a la sombra de la cruz. Ojalá permanezca siempre junto a ese árbol de vida reciba de él la prosperidad y la gracia de producir fruto abundante.

Desde el comienzo de su obra, el Padre Champagnat fue blanco de contradicción. Y si hasta aquí no hemos hablado de esta clase de pruebas, es porque hemos preferido reunir en un capítulo cuanto tenemos que decir sobre este asunto.

Los hombres, que cifran el éxito en los medios humanos, no podían comprender que aquel humilde sacerdote sin recursos lograra fundar una comunidad. La sola idea de la fundación les parecía una quimera, producto del orgullo y la temeridad. “¿Qué pretende?, decían. ¿Cómo puede soñar en crear una comunidad ese hombre que no dispone de dinero ni de talento? El orgullo lo arrastra a empresa semejante. Sólo la ambición, el deseo de sobresalir, la vanidad de ser llamado fundador le pueden sugerir ese proyecto. ¿Qué va a hacer con esos jóvenes que saca del campo para hacerlos palidecer encima de los libros? Son unos orgullosos y holgazanes que, después de haber gastado la juventud en la vagancia, regresarán a sus familias para las que serán una carga, y se convertirán en un lastre para la sociedad.”

Ésos eran los comentarios que se hacían sobre el Padre Champagnat. Y no sólo lo denigraban así determinadas personas despechadas, sino que pensaban y se expresaban del mismo modo seculares de excepcional piedad, sacerdotes muy virtuosos e incluso algunos de sus amigos. Se le atribuían mil proyectos contradictorios: unos le achacaban que quería fundar un colegio para hacer la competencia al de Saint-Chamond¹ otros pregonaban que deseaba establecer una comunidad de Hermanos maestros o de agricultores o de ermitaños, etc. Se llegó incluso a propagar que quería formar una secta de beguinos².

Criticaban, censuraban³ duramente los reglamentos que había dado a la pequeña comunidad, su forma de vida, la actividad y el atuendo de los Hermanos. El clamor fue tal que llegó hasta el arzobispado. El señor Bochard⁴, Vicario general, llamó al Padre Champagnat y le repitió los chismes que circulaban sobre él y su obra y le preguntó qué ocurría.

- Es cierto, señor Vicario general, respondió el Padre, que he reunido a unos cuantos jóvenes para dar clase a los niños de Lavalla, que estaban sin maestro. Son ocho en total⁵; viven en comunidad y se ocupan en la enseñanza de los niños, en la propia formación y en el trabajo manual. Estos jóvenes⁶, propiamente hablando, no llevan uniforme ni tienen compromisos religiosos. Están allí voluntariamente y porque les gusta esta forma de vida basada en la soledad, el estudio y la enseñanza.

- Pero se dice que quiere fundar una comunidad, y que usted se ha erigido en superior.

- Los oriento, los formo, pero no pretendo ser su superior. Han elegido ellos mismos director⁷ a uno del grupo.

- Vamos a ver, hablando claro: ¿no es cierto que tiene el proyecto de fundar una congregación dedicada a la enseñanza?

- Sí, he tenido la idea de formar maestros para la juventud rural. Y para ello he agrupado a unos cuantos jóvenes. Dios hará de ellos lo que quiera, pues yo sólo pretendo hacer su voluntad.

- Les ha dado el nombre de Hermanos de María; es, pues, evidente que trata de fundar una congregación. Ahora bien, como ya tenemos en la diócesis una institución similar⁸ no me parece bien que haya otra igual.

Después de esta conversación, el señor Bochart propuso al Padre Champagnat que uniera sus Hermanos a los que él mismo había fundado en Lyon. El Padre, sin rechazar de plano la sugerencia, desvió hábilmente la conversación y se despidió del señor Vicario general. Pero entendió que le esperaban nuevas presiones para lograr la fusión y nuevas contrariedades si rehusaba.

Al dejar al señor Bochart, fue a ver al señor Courbon⁹, primer Vicario general, que ya conocía sus proyectos. Le dio cuenta de la situación de su pequeña comunidad, de las trabas que le ponían en todas partes y terminó diciendo:

- Señor Vicario general, ya conoce mis proyectos, mis intenciones y lo que hasta aquí he hecho. Dígame, por favor, qué piensa sobre esta obra. Estoy dispuesto a abandonarla si me lo manda, pues sólo busco la voluntad de Dios. En cuanto me desvele usted esa voluntad, la aceptaré.

El señor Courbon le respondió¹⁰:

- No sé por qué le ponen tantas dificultades. Formar buenos maestros¹¹, que tanto necesitamos, es una obra excelente. ¡Siga adelante!

Satisfechísimo con esta respuesta, Marcelino Champagnat fue a ver al señor Gardette, rector del seminario mayor, para exponerle la situación de la comunidad y lo que le habían dicho los señores Vicarios generales. El señor Gardette, por cuyos consejos se había guiado siempre, lo animó a continuar su proyecto y se mostró contrario a que los Hermanos de María se unieran con los de la diócesis. "Sea prudente¹², confíe en Dios, y no se desanime porque su obra se vea expuesta a la contradicción; esta prueba¹³ sólo conseguirá consolidarla."

* * *

Poco más tarde, el señor Bochart volvió a la carga para conseguir la unión de las dos Sociedades de Hermanos. Y, al ver que el Padre Champagnat se negaba a consentir, le habló con dureza y llegó a amenazarlo con cerrar su casa y trasladarlo¹⁴ de Lavalla por su cuenta. El buen Padre volvió de Lyon afligidísimo, pero con total confianza en Dios y sumisión a su santa voluntad. Estas contrariedades le resultaban más dolorosas por proceder de quien era su superior, y por tener que rumiarlas a solas; pues, por no alarmar ni desalentar a los Hermanos, no les comunicaba nada o lo hacía de forma muy imprecisa. En estas circunstancias dolorosas, mandó rezar oraciones especiales y ordenó que la comunidad hiciera una novena de ayuno a pan y agua. Él mismo realizó una peregrinación a la tumba de san Francisco Regis, en La Louvesc¹⁵, para conseguir, por intercesión del santo, la luz y fortaleza necesarias. Pero su refugio seguro era la Santísima Virgen. Fue a pedir su protección a una ermita¹⁶ erigida en los alrededores de Lavalla. Varias veces por semana subía allí con sus Hermanos a celebrar la santa misa, consagrar una vez más su obra a María y suplicarle que la acogiese bajo su protección, la defendiera y conservara si era para gloria de su divino Hijo.

Sin embargo, el señor Bochart¹⁷ volvió al ataque para conseguir la fusión de ambas comunidades. Al no conseguir doblegar la resistencia de Marcelino Champagnat, lo tachó de testarudo, orgulloso, rebelde y de espíritu mezquino, terminando por decirle que tomaría medidas para cerrar su casa y dispersar a los Hermanos. Es probable que escribiera, en ese sentido, al señor Dervieux¹⁸, arcipreste del cantón, pues unos días más tarde este venerable sacerdote llamó al Padre Champagnat a Saint-Chamond y le habló

aproximadamente en los mismos términos del señor Vicario general: “¡Pero bueno!, le dijo, usted, un pobre cura de pueblo, ¿pretende fundar una congregación? ¡Sin dinero ni talento va a embarcarse en tal empresa contra el parecer de sus superiores! ¿No ve que le ciega el orgullo? Si no quiere tener consideración para consigo mismo, compadézcase, al menos, de esos pobres muchachos a los que va a dejar en situación tan comprometida, pues tarde o temprano su casa se arruinará y entonces sus Hermanos quedarán en la calle.”

Cuando se supo la oposición del señor Bochart a la comunidad de los Hermanitos de María, se suscitó una explosión de críticas e injurias contra el Padre Champagnat. El párroco de Lavalla, que había sido uno de los primeros en censurar al buen Padre, en desautorizar su obra y que informaba al señor Bochart de lo que pasaba en la comunidad¹⁹ arreció en sus invectivas contra él.

Dos cosas resultaron especialmente dolorosas para el Padre Champagnat: la primera, que el párroco dejara traslucir a la opinión pública su oposición al coadjutor y a los Hermanos, llegando incluso a criticarlo y llamarle la atención en público. Un domingo, durante la breve plática que el Padre daba a los fieles después, de completas, entró de pronto el señor cura en la iglesia por la puerta principal y, sin previo aviso, entonó desde allí *O crux ave...*, con el que habitualmente concluía el acto. Los presentes, sorprendidos y escandalizados, al oírlo cantar, le lanzaron tales miradas de indignación que tuvo que comprender cuán profundamente desaprobaban su actuación. El Padre Champagnat, sin inmutarse, sin aparentar el menor disgusto, siguió tranquilamente su instrucción en cuanto el señor párroco terminó²⁰ de cantar.

En otra ocasión estaba dando el catecismo preparatorio a la confirmación. Apareció el señor cura en la iglesia en el momento en que el Padre les decía que el ministro del sacramento es el obispo. Se vuelve hacia los fieles y grita: “Hermanos: también los sacerdotes, con autorización, pueden administrar ese sacramento.” En muchas otras circunstancias se permitió parecidas libertades, pero el Padre Champagnat respondió siempre con la misma inalterable paciencia.

La segunda fue que el señor cura le difamaba incluso ante los mismos Hermanos y los invitaba a dejar la congregación. A uno de los mejores le ofreció el puesto de criado en su casa y a otros les propuso una colocación ventajosa en el mundo o facilitarles la entrada en otras comunidades. En 1823²¹, con motivo del traslado del Hermano Luis a Bourg-Argental, hizo cuanto pudo por retenerlo y lograr que desobedeciera. “Yo soy su párroco, usted ha nacido en mi parroquia -le dijo-; no quiero que la abandone. Deje que su Padre Champagnat diga lo que quiera, pues no sabe lo que hace.” El buen Hermano, que no era amigo de titubeos ante el deber y que sólo escuchaba la voz de la obediencia, actuó en esta ocasión como había hecho en Marlhès.

En tan crítica situación sólo faltaba que el confesor²² del buen Padre lo abandonara. Este sacerdote, alertado por informes falsos y harto de lo que oía decir, llegó hasta negarse a confesarlo. Como el Padre Champagnat no había emprendido ni realizado nada sin pedirle consejo, se sintió muy afectado al verse criticado y condenado incluso por aquel que hasta entonces había sido su apoyo y guía. Inútilmente le rogó que continuara dirigiéndolo. No consiguió nada, por lo que se vio obligado a buscarse otro confesor.

La situación en que se hallaba el Padre Champagnat era de las más desesperadas. Sin llegar a sentirse desalentado, no veía claro qué iba a ser de su obra. Para librarla de las persecuciones que amenazaban destruirla, pensó en pedir ser enviado a las misiones de América²³. Varias veces expuso a los Hermanos esta posibilidad, y les preguntó si estarían dispuestos a seguirlo.

Todos le prometieron que jamás lo abandonarían, aunque tuvieran que ir hasta el extremo del mundo.

Unos días más tarde llegaron nuevos informes al párroco de San Pedro de Saint-Chamond. Al enterarse el Padre Champagnat, fue a verlo para tratar de alejar la tormenta que se cernía sobre él. Pero al verlo, el señor cura lo llenó de reproches y le advirtió que iba a enviar guardias a Lavalla para dispersar a los Hermanos y cerrar la casa. En vano rogó el Padre con toda humildad que le permitiese hablar para disculparse y dar a conocer su actuación y la de los Hermanos. El señor cura²⁴ se negó a escucharlo; le cerró la puerta y lo echó fuera con malos modales.

Nos hallamos a principios de 1824. El Padre Champagnat y sus Hermanos, sumidos en el dolor, temían que los guardias aparecieran en cualquier instante; el menor ruido sembraba la alarma y les hacía creer que ya estaban a la puerta. Pero de pronto corrió la noticia de que monseñor de Pins²⁵, arzobispo de Amasia, había sido nombrado administrador apostólico de la diócesis de Lyon. Ante esta nueva situación renació la esperanza del piadoso Fundador y le hizo vislumbrar tiempos mejores para su congregación.

Después de haber consultado con Dios en la oración, escribió al nuevo prelado una carta²⁶ en la que le hacía un resumen de su obra: sus orígenes, su finalidad y la situación en que se hallaba. Terminaba confesando que colocaba esa obra a los pies de Su Excelencia, y que el mismo se ponía en sus manos, firmemente dispuesto a abandonarlo todo o a proseguir, según lo que dispusiera.

Como el Padre Champagnat había seguido siempre los consejos del señor Gardette, rector del seminario mayor, le envió la carta²⁷, rogándole que la leyese y se la entregara personalmente al prelado si le parecía oportuno. El señor Gardette remitió la carta e hizo al propio tiempo elogio de su autor y de la obra que con tanto sacrificio había fundado. El venerable arzobispo, al que los Hermanitos de María deben considerar para siempre como padre, no dudó un momento en prometer su protección a la nueva congregación. “Escriba²⁸ al señor Champagnat, dijo al señor Gardette, que quiero verlo y charlar con él acerca de su obra. Y, mientras tanto, dígame que cuente con toda mi benevolencia.”

El Padre Champagnat se trasladó a Lyon y el señor Gardette²⁹ lo presentó a monseñor de Pins. Apenas estuvo en presencia del prelado, se postró a sus pies para pedirle su bendición.

“Sí, le dijo el santo arzobispo, lo bendigo a usted y a todos sus Hermanos. Que Dios multiplique su humilde familia para que llene no sólo mi diócesis, sino Francia entera.”³⁰ Después de haber charlado largo rato con él y haberse informado detalladamente del origen, desarrollo y situación actual de la congregación, le dijo: “Le autorizo a dar un hábito a sus Hermanos, e incluso a que les permita emitir votos³¹, pues es la única manera de vincularlos irrevocablemente a su vocación.” Luego añadió: “Ya que su casa es demasiado reducida, tienen que construir otra. Prometo ayudarlos.”³²

Al salir del arzobispado, el Padre Champagnat subió a Fourvière para dar gracias a Dios por medio de María, por tantos favores.

Permaneció largo rato ensimismado a los pies de la divina Madre y, con la mayor ternura de su corazón, se consagró una vez más a su servicio.

Aquí es obligado destacar el inmenso servicio que el señor Gardette brindó en esta ocasión a la congregación. A él, fundamentalmente, debemos la protección y benevolencia que el nuevo arzobispo ofreció tan generosa y constantemente al Padre Champagnat. Aquel santo sacerdote no se contentó con orientarlo y animarlo; lo ayudó, además, económicamente; y nunca acudió nuestro buen Padre al seminario mayor, sin recibir consejos, aliento y recursos para mantener su obra. Los Hermanitos de María debemos al venerable sacerdote eterna gratitud.

A su regreso a Lavalla, el Padre Champagnat halló la parroquia soliviantada. Un clérigo³³, al que el párroco enfermo había mandado llamar para ayudarlo con motivo de la Pascua, aprovechó la ausencia del Padre para sublevar a los feligreses contra su pastor. Por su instigación habían firmado una solicitud pidiendo el traslado del párroco y que fuera sustituido por el susodicho sacerdote. El Padre Champagnat, aunque tenía sobrados motivos de queja contra el señor párroco, no dudó en tomar su defensa y respaldarlo. Censuró abiertamente lo que acababan de hacer. Llamó a los influyentes de la parroquia que habían firmado la solicitud, les manifestó su desagrado y les sugirió la idea de desentenderse del asunto. Reprochó su conducta al clérigo instigador y le dijo que no quería saber nada de él, lo que le produjo extrema irritación.

Sin embargo, como la conducta del párroco de Lavalla había dado sobrados motivos de descontento, fue suspendido y reemplazado³⁴, no por su rival³⁵, sino por el señor Bedoin³⁶, sacerdote piadoso, quien por su prudencia y virtud se granjeó en poco tiempo confianza, el afecto y la simpatía de sus feligreses.

El señor arzobispo había ofrecido el puesto al Padre Champagnat³⁷, pero no quiso aceptarlo. Llegó, incluso, a pedir al prelado que le dispensase de sus funciones de coadjutor para entregarse totalmente a la obra de los Hermanos, lo que le fue concedido al cabo de unos meses³⁸. Los habitantes de Lavalla, que lo querían mucho, le insistieron para que se quedara de párroco. Cuando lo vieron decidido no sólo a renunciar al cargo, sino incluso a abandonar el pueblo para construir una nueva casa en un lugar más conveniente y de más fácil acceso, le hicieron las proposiciones más ventajosas para convencerlo de que se quedase con ellos. Cierta persona llegó a ofrecerle una propiedad de bastante valor; pero nada pudo hacerle cambiar de propósito.

◆
¹ El señor Cattelin, superior de Saint-Chamond, pensaba que el Padre Champagnat iba a arruinar su recién fundado colegio. Es verdad que este último enseñaba latín a unos cuantos alumnos (OME, doc. 166(19), pág. 445).

² Acerca de los "beguinos" o "begardos", véase BENOIT LAURENT, *Les Béguins en Forez*. Ed. Loire républicaine, Saint-Étienne, 1944. El tiempo de la construcción del Hermitage coincide con el paso de unos cuantos beguinos por el tribunal correccional de Saint-Étienne (enero-marzo de 1825), acusados de dividir la Iglesia romana y establecer en esta ciudad y alrededores una sociedad conocida en otros países con el nombre de "cuáqueros" (pág. 104). Para el público en general, "beguinos" quería decir: individuos de ideas fijas, de cortos alcances, tercos.

³ El párroco Rebod censuraba mucho la conducta del Padre Champagnat (OME, doc. 166 (20), pág. 446).

⁴ Cfr. OM 4, pág. 198. El señor Courbon, en una carta al cardenal Fesch, traza un retrato muy poco favorable del señor Bochard (cfr. OM 1, doc. 31 (2), página 183).

⁵ Se trata de los ocho primeros Hermanos Maristas (AFM, 137.139). Por orden de ingreso son los Hermanos: Juan María (Granjon), Luis (J.B. Audras), Lorenzo (J. Cl. Audras), Antonio (Couturier), Bartolomé (Badard), Francisco (Gabriel Rivat), Juan Pedro (Martinol), Juan Francisco (Étienne Roumesy).

⁶ En abril de 1822, M. Champagnat manifiesta al inspector Guillard que "espera que el árbol que acaba de plantar hace 4 ó 5 años, se haya enraizado para conseguir su autorización legal. Sin embargo, desea que los Hermanos se vean libres del servicio militar" (OME, doc. 19(10), pág. 76).

⁷ El director era el Hermano Juan María que acompañaba al Padre Champagnat en esta entrevista (OME, doc. 166 (24), pág. 448). Más tarde, en las primeras solicitudes de reconocimiento legal, el Padre Champagnat hace firmar a un grupo de Hermanos (cfr. RLF, pág. 39).

⁸ Basándonos en los informes de los inspectores de la Academia de Lyon (lista de dichos documentos, OM 1, pág. 100), podemos afirmar con seguridad que antes de 1823 no existían en la diócesis de Lyon más congregaciones de Hermanos que la de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y la de los Hermanos de Lavalla. La fundación del señor Bochard, a la que hace alusión, empieza a tomar importancia en 1823 (cfr. OME, doc. 21, pág. 80). Compárese con la entrevista contada por el señor Bourdin (OME, doc. 166(24), pág. 448).

⁹ Señor Courbon, LPC 2, pág. 149. El problema de las atribuciones del señor Bochard viene explicado en su biografía (OM 4, pág. 198; y también en BI números 159, 161, 163 y 165).

¹⁰ Comparar con el texto del señor Bourdin, mucho más concreto (OME, documento 166 (23), pág. 447).

- ¹¹ También el señor Courbon había fundado junto a la catedral de Lyon una escuela, en 1783 (*cfr. Bulletin historique du diocèse de Lyon*, 1922, 1er. trimestre, pág. 25).
- ¹² El señor Gardette no podía censurar directamente al señor Bochart. Se conforma con decir al Padre Champagnat: "Sea prudente; ponga su confianza en Dios" (OME, doc. 166(26 y 27), pág. 449).
- ¹³ LPC 1, doc. 7 pág. 39.
- ¹⁴ El Padre Champagnat esperaba, efectivamente, este cambio del que habla con el señor Courbon (OME, doc. 166 (23), pág. 447)
- ¹⁵ Testimonio de la señora Sériziat acerca de la peregrinación del Padre Champagnat a La Louvesc. "El buen señor Champagnat peregrinaba a menudo a La Louvesc a pie, por la montaña. A su regreso, que efectuaba de noche, se arrodillaba en el peldaño de la puerta exterior de la iglesia, y con la cabeza descubierta, adoraba al Santísimo Sacramento, mientras esperaba que abrieran la iglesia para celebrar la santa misa" (Testimonio, 1886, AFM, 104.13, n.º 13, pág. 104).
- ¹⁶ Se trata de una ermita del siglo XV a un kilómetro de Lavalla. Se denomina Nuestra Señora de Leytra, pero se la conoce comúnmente por Nuestra Señora de la Piedad. Con motivo de las epidemias del siglo XVII, fue el refugio de los apesadados, que, arrojados del pueblo, vivían en sus alrededores.
- ¹⁷ En septiembre de 1823, el señor Bochart recibió amablemente a M. Champagnat en el retiro para sacerdotes (OME, doc. 166 (25). Pretendía atraerse la voluntad de los participantes hacia su actitud de oposición contra una reciente disposición del papa León XII, por la que iba a nombrar un obispo administrador apostólico para la diócesis de Lyon. Ese día, el señor Courbon hablará del "galicanismo" del señor Bochart. Este episodio lo aporta SIMÓN CATTET en *Defensa de la verdad acerca del cardenal Fesch*, págs. 291-292. Esta intervención hemos de situarla poco antes de la llegada de Mons. de Pins, entre los meses de septiembre y diciembre de 1823.
- ¹⁸ El señor Dervieux era presidente del comité cantonal encargado de las escuelas y, con ese motivo, recibía las quejas del director del colegio de Saint-Chamond, entre otros, que achacaba la carencia de alumnos a los sacerdotes que acá y acullá enseñaban latín en las casas parroquiales, privándole de alumnos (OME, documento 18, pág. 71). El inspector Guillard señala que el Padre Champagnat dejó de dar latín en 1822 (OME, doc. 19(9), pág. 75).
- ¹⁹ OME, doc. 19 (16,20 y 23).
- ²⁰ Sabemos, por otra parte, que el señor cura apreciaba mucho a su coadjutor, a quien consideraba, sin embargo, demasiado celoso.
- ²¹ Es el año en que el Hermano Juan María se escapa a la Trapa.
- ²² No consta en ninguno de nuestros documentos el nombre del referido "confesor del buen Padre".
- ²³ No le cabe duda alguna al Padre Champagnat de que debe fundarse la rama los Hermanos de la Sociedad de María, ya que los demás "fundadores" le han encomendado la misión de encargarse de ella: "La rama de los Hermanos Maristas que me había sido confiada en 1816, escribirá en 1837" (OME, doc. 152, pág. 339). Además, uno de los firmantes de la promesa de Fourvière (Philippe Janvier) se encuentra en USA, adonde siguió a Mons. Dubourg. Esto puede suponer par él un signo providencial.
- ²⁴ El documento Bourdin matiza mucho más el asunto. El señor Dervieux, después de leer una carta del señor Courbon, remitida por el Padre Champagnat, le dice: "Me extraña que el señor Courbon sólo le escriba esto" (OME, doc. 166 (22), pág. 447). Luego, el señor Dervieux será uno de los grandes amigos del Padre Champagnat (AA, pág. 318).
- ²⁵ Al rehusar el cardenal Fesch presentar su dimisión (OM 4, pág. 279), monseñor de Pins es nombrado administrador de la diócesis de Lyon por breve del 22 de diciembre de 1823; pero no es aceptado por real decreto hasta fines de enero de 1824.
- ²⁶ No se conserva esa carta.
- ²⁷ El señor Bourdin habla también de estas dos cartas a Mons. de Pins y al señor Gardette (OME, doc. 166 (26), pág. 449). Avit dice: "El Padre Champagnat remitió una carta al nuevo arzobispo por mediación del señor Gardette con el ruego de que se la entregase a Su Excelencia si le parecía oportuno. El señor Gardette, que conocía muy bien al Fundador y su obra, hizo una presentación elogiosa de uno y otra al arzobispo" (AA, pág. 54).
- ²⁸ Según el señor Bourdin, Mons. de Pins escribió personalmente (OME, documento 166 (27), pág. 449).
- ²⁹ El señor Bourdin no menciona la presencia del señor Gardette, sino la de los señores Cholleton y Barou (OME, doc. 166 (27), pág. 450).
- ³⁰ M. Champagnat afirmará más tarde: "Todas las diócesis del mundo entran en nuestras miras" (LPC 1, doc. 93, pág. 210)
- ³¹ Los Hermanos harán los primeros votos en 1826. El señor Bourdin menciona el hábito y el voto de castidad después de la entrevista del señor Champagnat con Mons. de Pins, y, al parecer, como consecuencia de la misma (OME, documento 166 (30), pág. 450 y notas).
- ³² La construcción, iniciada en mayo, estaba rematada a fines del mismo año. Los trabajos interiores tardaron aún unos meses. Los Hermanos pudieron albergarse en la casa al cabo de un año del comienzo de las obras (AA, págs. 55-56).
- ³³ Juan Bautista Seyve, natural de Saint-Genest-Malifaux, anteriormente coadjutor de Tarentaise (1816-1820) y párroco de Arthun (1821-1823) (OM 4, pág. 354).
- ³⁴ En realidad, el arzobispo le permitió permanecer en Lavalla, pero él prefiere irse de capellán a las Ursulinas de Saint-Chamond, donde fallecerá poco después, el 27 de enero de 1825 (AAL, reg. délib. 1, necrología).

³⁵ El señor Seyve es nombrado párroco de Burdignes el 5 de mayo de 1824. Parece que no dio allí mayores muestras de sensatez. “El pleno del consejo de Burdignes escribió una durísima carta al prefecto de Loira, acusando al señor Seyve, por entonces cura párroco, de despotismo y vejaciones” (ADL, V. 15, número 226).

³⁶ OM 1, doc. 103, pág. 319.

³⁷ Según el señor Bourdin, esta oferta se habría hecho después de la primera entrevista con el arzobispo (OME, doc. 166 (27), pág. 449).

³⁸ No se sabe a ciencia cierta cuándo M. Champagnat, nombrado coadjutor de Lavalla el 12 de agosto de 1816 (OME, doc. 16, pág.67), fue relevado oficialmente de su cargo. Su última firma aparece el 20 de marzo de 1825 (Arch. parroquial de Lavalla, reg. de cat.), y un recibo del 21 de febrero de 1825 le da aún el título de coadjutor (AFM, cuaderno Champagnat 3, pág. 10).